

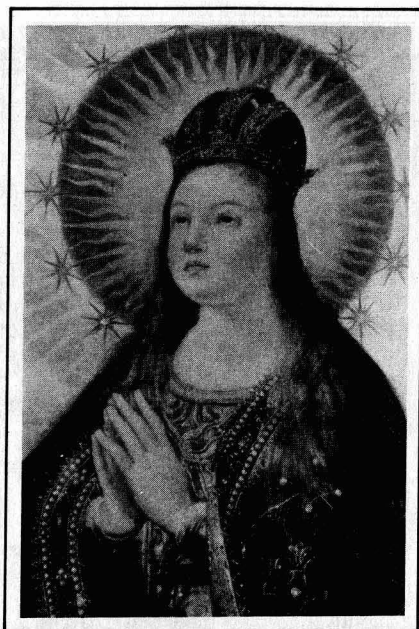
Los jesuitas y las devociones marianas en la Nueva España

Bajo tu manto sagrado
mi madre aquí me dejó.
María, tú eres mi madre
no me abandones, no.

Muchas generaciones de estudiantes han entonado esta estrofa en solemnes y conmovedoras ceremonias de despedida de sus colegios, al menos durante varias décadas del siglo xx. La residencia en un internado o la asistencia a cursos en las escuelas de la Compañía de Jesús, hasta hace pocos años como hace cuatro siglos, eran decisiones familiares que respondían a un deseo de proporcionar a los jóvenes algo más que la instrucción en Humanidades. Se buscaba inculcarles disciplina, sentido de responsabilidad, hábitos de devoción, “agibilia” como denominaban a la capacidad para desenvolverse en cualquier circunstancia de la vida, y conciencia de pertenecer a un determinado grupo social.

A lo largo de cuatro siglos, no habían cambiado las metas propuestas por Ignacio de Loyola, el fundador de la orden, y sólo parcialmente se habían modificado los métodos. La salvación de las almas, la renovación de la sociedad y la cristianización de la vida familiar, eran objetivos que justificaban el esfuerzo realizado en los colegios, donde se instruía a los jóvenes en Humanidades y se les inculcaba los ideales de vida piadosa, haciéndolos compatibles con su posición social y con sus inmediatas responsabilidades personales y familiares.

La afirmación del fervorín melódico, “mi madre aquí me dejó”, resulta así de una engañosa ambigüedad, que se resuelve en el verso siguiente: “María, tú



Echave Ibá, *Virgen apocalíptica*, Pinacoteca Virreinal.
Foto: Pedro Cuevas, 1987.

eres mi madre”. La intención pedagógica quedaba patente en la suplantación de la figura materna por la simbólica abstracción de la Virgen, y la trasposición del amor filial a la piedad religiosa lograba el doble efecto de santificar los lazos familiares, sublimados en metáforas religiosas, y desarraigar afectos íntimos, cuya fuerza quedaba relegada a un segundo plano, siempre inferior al compromiso contraído con quien ocupaba el lugar inmediato a la divinidad en la escala jerárquica celestial.

Durante la época colonial, la predilección por la figura de María, en las prácticas piadosas recomendadas por los jesuitas de la “vieja provincia”, coincidía con el espíritu tridentino que había recomendado el culto mariano como respuesta a las posiciones críticas de los protestantes. Las imágenes de la Vir-

gen presidían los altares de las iglesias y capillas, los sermones exaltaban sus glorias,¹ los certámenes poéticos glosaban sus virtudes y los textos piadosos recomendaban recurrir a su mediación como dispensadora de todas las gracias.

En casi todos los colegios de los jesuitas novohispanos se erigieron congregaciones marianas, en las que se reunían grupos escogidos de alumnos y ex-alumnos, a los que se incorporaban ocasionalmente personalidades distinguidas de la sociedad local o de la alta burocracia virreinal, dando preferencia a los laicos. El carácter secular de las congregaciones mostraba la intención de lograr una eficaz penetración en la vida familiar y en el ambiente mundano, que los jesuitas aspiraban a impregnar del espíritu religioso. Ser congregante exigía tiempo, esfuerzo y dedicación, pero también requería cualidades personales como inteligencia despierta, apellido ilustre, posición económica prominente o desempeño profesional brillante. Los integrantes de las congregaciones eran predilectos de la Virgen María porque éstos, a su vez, se habían dedicado a ella con particular fervor.

Los signos de predilección se manifestaban en ocasiones excepcionales, cuando sucedían hechos portentosos, favores celestiales o prodigios que eran calificados de milagros, precisamente en favor de los congregantes. La caída de un caballo, que pudo ser de fatales consecuencias, produjo tan sólo leves molestias a un piadoso miembro de la

¹ Precisamente con este título, *Las glorias de María*, se reeditó numerosas veces el libro de Alfonso María de Ligorio.

congregación de la Anunciata.² Otro recibió igual beneficio cuando lo atropelló un carruaje mientras se dirigía a la iglesia.³

Como patrona de las congregaciones, la imagen de la Virgen del templo de Santa María la Mayor, de Roma, presidía varias de sus capillas. Por encargo del preposito general Francisco de Borja, se hicieron cuatro reproducciones de aquel lienzo destinadas a la Nueva España, donde ocuparon los altares de los colegios de San Pedro y San Pablo de México, del Espíritu Santo de Puebla, de Pátzcuaro y de Oaxaca.⁴ La imagen de la Anunciata, que representaba a la Virgen con el niño en brazos, dentro del estilo arcaizante propio del original, adquiría expresiones cambiantes según la habilidad y el estilo del pintor encargado de realizar la copia. En todo caso, esta composición en la que predominaba la exaltación de la maternidad, contrastó pronto con la moda barroca de las inmaculadas, representadas como jóvenes doncellas en ascenso glorioso al paraíso. Los jesuitas fomentaron ambas devociones, y prefirieron designar a la Inmaculada con el nombre más barroco y laudatorio de la "Purísima".

Las congregaciones contribuyeron a difundir devociones marianas como el rezo del rosario en familia, el canto de la salve todos los sábados del año, el ofrecimiento de flores espirituales durante el mes de mayo y la comunión durante los doce sábados previos a la fiesta de la Inmaculada Concepción.⁵ Aunque en su origen sólo se admitía a varones como congregantes, los jesuitas mexicanos solicitaron al preposito general la incorporación de secciones femeninas, que finalmente fueron auto-

rizadas y gozaron de los mismos privilegios que las masculinas, como agregadas a la de la Anunciata de Roma. Las mujeres fueron eficaces colaboradoras en la tarea de difundir la devoción a diversas advocaciones de la Virgen.

En una sociedad que recomendaba el encierro doméstico de las mujeres como ideal de vida cristiana, las salidas a la iglesia constituían el más común y aceptable esparcimiento. Maduras amas de casa y jóvenes doncellas multiplicaban sus devociones, de modo que durante

todo el año se estaba celebrando alguna novena, viacrucis, triduo, sermón o procesión en que debían de participar; a todo lo cual había que añadir la asistencia a una o varias misas diarias. Se consideraba que las mujeres eran propensas a exagerar la dedicación a actos piadosos, por lo que varios jesuitas advirtieron del peligro de los excesos. Recordaron reiteradamente que "la obligación es antes que la devoción" y recomendaron a las amas de casa que no salieran a la iglesia antes de haber



Anónimo, *Virgen de Loreto*, Museo Nacional del Virreinato, Tepotzotlán, E. de México. Foto: IIE.

² Alegre, Francisco Javier, edición de Ernest Burrus y Félix Zubillaga, *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, 4 vols. Roma, Institutum Historicum Societatis Jesu, 1956-1960.

³ Archivo General de la Nación, Ramo Misiones, vol. 25, f. 129v.

⁴ Obregón, Gonzalo, "Notas alrededor de algunas imágenes de la Compañía de Jesús de la provincia de la Nueva España", en *La Compañía de Jesús en México. Cuatro siglos de labor cultural 1572-1972*, México, Ed. Jus, 1972, pp. 335-350.

⁵ Carta annua del colegio de Celaya, año 1733, en Archivo General de la Nación, Ramo Misiones, vol. 26.

realizado las tareas domésticas y todo lo que fuera necesario para la atención de su familia.⁶

La diversidad de las advocaciones marianas respondía a la inclinación de los fieles, que deseaban multiplicar el número de sus intercesoras, halagaba el gusto por la novedad, al renovar imágenes y textos piadosos, y propiciaba un cambio en la mentalidad, puesto que las vírgenes “importadas” de los colegios europeos aportaban su secuela de representaciones y actitudes adecuadas a los tiempos modernos.

Está fuera de duda la participación de los jesuitas en el fomento de la devoción a la Virgen de Guadalupe a partir del siglo XVII.⁷ El guadalupanismo, que ocupa hoy la atención de los historiadores, también atrajo a los cronistas contemporáneos.⁸ Muchos jesuitas novohispanos relataron las prodigiosas apariciones y la serie de milagros atribuidos a la imagen del Tepeyac;⁹ al mismo tiempo compusieron oraciones y textos poéticos y se deleitaron en la descripción del lienzo, no sólo como objeto de culto, sino también como modelo que las mujeres deberían imitar por su gracia y compostura. En el vestido subrayaban la ausencia de escote, tan de moda en el vestuario femenino de la época, en contraste con el de la pintura que mostraba “la túnica cerrada hasta el cuello, sin que de él se vea sino lo que

parece bien a la vista y no puede escandalizar los ojos”. La belleza física, la elegancia del ropaje y la afabilidad en la expresión no eran contrarias a la virtud sino sus gratas compañeras. Tan sólo era preciso recordar que “donde hay más hermosura ha de haber más honestidad”.¹⁰

La Virgen de los Dolores, a quien se dedicaron altares, capillas y congrega-

ciones, se convirtió en protectora de las mujeres que se encontraban en difíciles trances, en particular cuando su fragilidad ponía en peligro el preciado tesoro de la honra. Su intercesión libró del oprobio a una doncella de distinguida familia de la capital, quien, en palabras del jesuita José Manuel Estrada, “se dexó deslizar a un vergonzoso exceso que le dexó las consecuencias naturales”. Transcurridos nueve meses, llegó la hora en que tenía que salir a la luz el fruto de aquel desliz, que la joven había

¹⁰ Florencia, Francisco de, *La estrella...*, pp. Iiiiv y Iiiiv2r.

⁶ Florencia, Francisco de, *La estrella del norte de México, aparecida al rayar el día de la luz evangélica en este mundo, en la cumbre del cerro del Tepeyac...*, Madrid, Imprenta de Lorenzo San Martín, 1785. s/p.

⁷ Menos fundamento tiene la atribución al jesuita Juan de Tovar de un sermón guadalupano, que sería el más antiguo relato conocido de las apariciones.

⁸ Textos como el ya clásico de Francisco de la Maza (*El guadalupanismo mexicano*) o el más moderno de Edmundo O’Gorman (*Destierro de sombras*); trabajos en proceso como el de Xavier Noguez y reflexiones como las de Solange Alberro, han enriquecido nuestro conocimiento de un complejo fenómeno del que no me ocuparé en este espacio.

⁹ Las obras del padre Francisco de Florencia son las más conocidas entre las que dedicaron a la Virgen de Guadalupe los jesuitas novohispanos, pero también manifestaron su devoción, a la imagen del Tepeyac los padres Núñez de Miranda, Zappa, Salvatierra y Kino en el siglo XVII y casi una treintena a lo largo del XVIII.



Correa, *Virgen del Patrocinio*. Foto: Guillermina Vázquez, abril 1978.

logrado ocultar hasta el momento. Pretextando un agudo y repentino malestar y encerrada en su recámara, hizo llamar a su confesor, jesuita devoto de la Virgen de los Dolores, a quien se encomendó la angustiada muchacha. El resultado de sus plegarias fue un feliz parto del que nadie más tuvo noticia, la inmediata desaparición de la criatura, que subrepticamente se sacó de la casa, y la concertación del enlace matrimonial de la irreflexiva pareja, que salvó el honor familiar a cambio de la renuncia a su primero e inoportuno hijo.¹¹

La devoción a la Inmaculada Concepción fue promovida por el jesuita italiano Pedro Juan Castini, que erigió bajo su nombre una nueva congregación. La imagen de la Purísima, del ingenio de Zalmolonga, visitaba las chozas de los esclavos y los acompañaba en sus tareas. La esclava negra que oficiaba como sacristana veía apenada cómo por la mañana el manto de la virgen del altar aparecía manchado con restos de las verduras que ella preparaba en su cocina la noche anterior, durante la celestial visita.¹²

También de origen italiano fue la devoción a la Virgen de Loreto, que promovió el padre Juan Bautista Zappa. Según tradición medieval, los ángeles trasladaron a la provincia de Ancona, sobre el Adriático, la casa en que vivió María en Palestina. Las capillas laurentanas reproducían con exactitud las medidas de la vivienda de la Virgen en Nazareth y se popularizaron en la provincia jesuítica mexicana. Hubo capillas de Loreto en los colegios de San Gregorio de México, Tepotzotlán, Guadaluajara, Puebla y San Luis Potosí. La meditación en torno de la devoción de

Loreto daba ocasión para ensalzar las excelencias del hogar cristiano y la adecuada combinación de laboriosidad y piedad, que debían de adornar a una madre de familia, y la respetuosa obediencia que había de exigirse a los hijos.¹³

De Sicilia llegaron, en la primera mitad del siglo XVIII, las vírgenes del Refugio y de la Luz. Aquélla, como protectora del hogar, llegó a tener 120 nichos u hornacinas en el exterior de las casas de la ciudad de Puebla. Las ve-



Anónimo, *Inmaculada Concepción*, Colección particular, ciudad de México. Foto: Pedro Cuevas, 1989.

ladoras prendidas a sus pies y la práctica de la oración familiar junto a la imagen, reforzaban el simbolismo que atribuía al refugio doméstico, presidido por la Virgen, la virtud de ser inexpugnable a los asaltos del demonio, señor de las tinieblas.

Nuestra Señora de la Luz, que desde su trono del paraíso tendía las manos hacia el abismo, ofreciendo amparo a

quienes fueron sus devotos, era intercesora para remediar el sufrimiento de las almas del purgatorio. Tuvo su primer altar en el colegio de León y presidió durante varios años los sermones de los ejercicios espirituales en misiones circulares. No pocos lienzos de la Virgen de la Luz perduraron en templos y conventos después de la expulsión de los jesuitas, pese a las críticas de la jerarquía secular, que apreciaba un riesgo de herejía en la actitud de la imagen y en el contenido de las plegarias que se le dirigían. Puesto que se le pedía que rescatara del fuego las almas de quienes padecían las penas debidas por sus pecados, podía interpretarse que la justicia divina era imperfecta, ya que admitía tales correcciones, o que el justo castigo podía evitarse mediante oportunos recursos sentimentales. Sin lugar a dudas dejaba en entredicho la afirmación de los teólogos de que los justos gozaban del premio merecido, indiferentes a los sufrimientos de los condenados.

Con su capacidad de adaptación y flexibilidad para aprovechar cualquier circunstancia favorable a sus fines, los jesuitas mexicanos hicieron suyas advocaciones propias de otras órdenes, como la de la Virgen del Rosario, de tradición dominica. En las ciudades de Puebla y Oaxaca, donde la orden de predicadores tenía gran ascendiente, predicaron la devoción del rosario con la que aspiraban a consolidar el modelo de familia cristiana.

Y no faltaron entre los textos redactados por los miembros de la Compañía los sermones, relatos y poesías dedicados a las vírgenes de Zapopan, Lagos, Ocotlán, la Salud de Pátzcuaro, la Soledad de Oaxaca y otras más,¹⁴ siguiendo en esto la inspiración de su fundador. La Compañía de Jesús, que fue vanguardia de la Contrarreforma, también se constituyó en defensora de un modelo de vida cristiana en el que el hogar, el afecto familiar y la rutina cotidiana estaban dirigidos por la virtud de la prudencia y amparados bajo el patrocinio de la Virgen María. ♦

¹¹ Estrada, José Manuel de, S. J., "Consuelo de aflixidos, María Santísima de los Dolores, por el padre profeso de la Compañía de Jesús, arrestado y enfermo cuando la general expatriación", manuscrito fechado en 1769, capítulo III, pp. 23 a 25.

¹² Florencia, Francisco de, S. J., *Zodiaco mariano, en que el sol de justicia, Christo, con la salud en las alas, visita como signos y casas propias, para beneficio de los hombres, los templos y lugares dedicados a los cultos de su santa Madre, por medio de las más célebres y milagrosas imágenes de la misma Señora, que se veneran en esta América Septentrional y Reynos de la Nueva España*, México, Imprenta del Real y Más antiguo Colegio de San Ildefonso, 1755, pp. 101-102.

¹³ Florencia, Francisco de, S. J., *La casa peregrina. Solar ilustre en que nació la Reyna de los ángeles, albergue soberano en que se hospedó el Rey Eterno hecho hombre en tiempo: cielo abreviado en que el sol de justicia puso su thalamo para desposarse con la humana naturaleza. La casa de Nazareth, oy de Loreto, trasladada por ministerio de ángeles, primero a Dalmacia después a Italia. Copiada y sacada a luz de los escritos antiguos de ella*, México, Impr. de Antuerpia, de los herederos de la viuda de Bernardo Calderón, 1689, pp. 55-56.

¹⁴ El padre Gérard Decorme dejó inédito un volumen dedicado a recopilar los testimonios de devoción mariana dejados por los jesuitas mexicanos.